

Huida hacia la muerte

La violencia persigue en Argel a los campesinos que se refugian en la capital

Una violencia
incomprendible se
ceba en la población
rural argelina

Texto: Isabel Ramos

Foto: Kim Manresa
(enviados especiales)



Nadie pone en duda que los extremistas del GIA están cometiendo atentados por todo el país. A veces, son ajustes de cuentas con sus rivales del Ejército Islámico de Salvación (EIS), que proclamó una tregua unilateral en octubre. El GIA, según han denunciado ONG internacionales, está fuertemente infiltrado por los servicios secretos.

La impasibilidad con que el Ejército ha asistido a ciertas matanzas (ver gráfico adjunto) le ha valido la acusación de connivencia con los grupos armados. El primer ministro, Ahmed Uyahia, anunció la semana pasada que los soldados abandonarán la lucha antiterrorista para concentrarse en la vigilancia de las fronteras y la llamada "Argelia útil", la del gas y el petróleo, en detrimento de los ciudadanos. "No es labor del Ejército participar en la lucha antiterrorista", argumenta un empresario extranjero que lleva 14 años trabajando en Argelia.

Mafia y delincuencia

Resta la delincuencia comunitaria y lo que aquí se llama la mafia. Ya en 1992, cuando el presidente Mohammed Boudiaf murió asesinado, se dijo que la instigadora era la "mafia político-financiera", esa que se había enriquecido en la sombra durante treinta años de régimen de partido único.

Ahmed tenía mujer y ocho hijos. Había huido de la región de Tipaza, en la fértil llanura de la Mitiya, por miedo a los ataques terroristas que se sucedían en la zona. Buzid arrastró a los supervivientes de su familia hacia un lugar que creyó más seguro desde su pueblo de origen, cerca de Medea. Rachid era soltero. Los tres habían peregrinado por el "triángulo de la muerte" (conocido como triángulo del miedo al principio del conflicto) para dar esquinazo a la muerte. La noche del 23 de enero fueron asesinados a hachazos, navajazos y tiros en un poblado de chabolas de Sid Saadi, en los alrededores de Argel. La mujer de Ahmed, menuda, de tez cobriza y con los ojos llorosos, no sabe qué hará. Toda su familia, su clan, vive en el mismo encalve, en lo alto de los montes que rodean Argel, así que la esperanza de que los acogía algún pariente en las áreas más seguras de la capital es vana